



Homilía en la Solemnidad de la Sagrada Familia

Santa Iglesia Catedral, Jerez 29 de Diciembre de 2012

Hermanos sacerdotes, religiosos, religiosas. Queridos Delegados y miembros de la Delegación de Pastoral familiar, familias, hermanos todos en el Señor:

El día de la familia de este año, bajo el lema *"La familia cristiana es la esperanza para hoy"*, nos invita a contemplar de forma especial a la Sagrada Familia de Nazaret; en ella la importancia y la maravilla de la familia se nos presenta como un don de Dios. Y precisamente por ser don de Dios podemos hablar de esperanza para la humanidad.

En el Evangelio que se ha proclamado, descubrimos cómo Jesús, por un lado, nos muestra su divinidad. Su respuesta, a la pregunta de su madre es densa de significado: "Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía ocuparme de las cosas de mi Padre?" (Lc 2, 49). Con esa expresión, Jesús revela a María y a José, de modo inesperado e imprevisto, el misterio de su Persona.

Por otro lado el Evangelio nos presenta cómo vivió Jesús durante la mayor parte de su vida. Así constatamos que compartió la condición de la mayoría de los hombres: llevó una vida cotidiana sin aparente importancia, viviendo como *hijo del carpintero* y cumpliendo los preceptos de la ley de Dios dentro de la comunidad judía. También el evangelio nos pone de manifiesto que Jesús cumplió perfectamente el cuarto mandamiento y vivió bajo la autoridad paterna y materna de José y de María.

Pues bien, siguiendo las indicaciones del Evangelio centraremos nuestra mirada en la dimensión familiar de Jesús, poniendo ante nuestros ojos a la Sagrada Familia

En la contemplación de la familia de Nazaret, vemos en primer lugar que tuvo dificultades de todo tipo: no había sitio en la posada y no se le daba cobijo, no se prestó la ayuda necesaria a una joven madre en el trance de dar a luz a su hijo, y cuando éste nació de pronto se le tuvo miedo y se decretó legalmente su destrucción con la matanza de los inocentes. Hoy esta institución humana fundamental –la familia- vive de nuevo la persecución de quienes tienen miedo a la familia, de quienes no protegen la vida ni la quieren verdaderamente educar.

Sucede siempre que los poderes de este mundo buscan atentar contra el designio divino sobre la familia y –como recordaba el Papa en su discurso a la Curia- lo hacen principalmente de dos formas. Una poniendo en duda la capacidad del hombre de comprometerse, rechazando la vinculación humana, proponiendo para ello una errónea comprensión de la libertad y un rechazo a soportar pacientemente el sufrimiento. En definitiva presentando un modelo de hombre encerrado en sí mismo.

La otra a través de la imposición de la ideología de género, cimentada en tesis relativistas y en una mentalidad hedonista, que niegan la existencia de una verdad objetiva como la propia ley natural, testimonio del Autor de la naturaleza y de la ley que la rige

Según esa filosofía, el sexo ya no es un dato originario de la naturaleza, del hombre, que éste debe aceptar y llenar personalmente de sentido, sino una función social sobre la que se decide autónomamente. Se niega que el hombre tenga una naturaleza preconstituida por una corporeidad sexuada, que lo define y orienta, y por el contrario se afirma que es el propio hombre quien, haciendo uso de su libertad, se la debe crear, aun cuando atente contra todas las leyes naturales. Todas las formas de uniones son válidas –afirman-, salvo el matrimonio normal porque en él se reproduce la lucha de clases, siendo los varones la clase opresora.

Esta misma semana en dicho discurso -citando al gran rabino de Francia, Gilles Bernheim-, Benedicto XVI ha afirmado que el atentado actual contra la auténtica forma de la familia, compuesta por padre, madre e hijo, tiene una dimensión antropológica profunda, ya que lo que está en juego es la visión del ser mismo, de lo que significa realmente ser hombres.

Pero no nos quedemos en Herodes, sino que -como los Magos- vayamos más allá, hasta Belén. Frente a la persecución de la cultura de la muerte a la familia, María nos introduce en Belén en la civilización del amor y de la vida, en donde no se habla de aborto, ni de anticoncepción, ni de derecho absoluto al hijo, ni de divorcio, sino de la familia cristiana como una riqueza, que según una cita conocida de Juan Pablo II, es “la primera y fundamental estructura a favor de la ecología humana en cuyo seno el hombre recibe las primeras y determinantes nociones sobre la verdad y el bien, aprende qué quiere decir amar y ser amado y, por tanto, qué quiere decir en concreto ser una persona humana” (*Centesimus Annus*, n. 39).

La familia es el ámbito natural donde es acogida la persona humana y la que va a contribuir de una manera muy especial a su crecimiento y desarrollo. Porque el hombre sólo logra ser él mismo en la entrega de sí mismo, y sólo abriéndose al otro, a los otros, a los hijos, a la familia; sólo dejándose modelar por el sufrimiento inevitable, descubre la amplitud de ser persona humana. Es ésta la armonía de la que nos habla la segunda lectura cuando nos invita a vestirnos con el uniforme de la misericordia a vivir en el amor y a tener como árbitro la paz de Cristo.

También en la familia, como recoge la Subcomisión de la familia, es la primera transmisora de la fe. En ella se dan los primeros pasos de la educación temprana de la fe y los hijos aprenden las primeras oraciones, propias de una iniciación infantil a la fe como el “Ave María”, , el “Angel de mi guarda” y el “Padre Nuestro”. También experimentan el amor a la Virgen, a Jesucristo... y es donde por primera vez oyen hablar de Dios y aprenden a quererle viviendo el testimonio de sus padres. En definitiva, la familia está inmersa en un proceso gradual de educación humana y cristiana que permite tener como centro la vocación al amor

Ante el gran don que representa, es necesario defenderla y cuidarla ya que ella es la célula fundamental para construir una sociedad más justa, más humana y en paz. Y para ello hay que tener en cuenta lo siguiente:

En primer lugar los poderes públicos tienen que favorecer una legislación que proteja a la familia natural al menos con el mismo empeño que se preocupan de otra clase de uniones

En estos tiempos de crisis estamos constatando la importancia de la familia; de ahí que requiera por parte de la Administración Pública una atención preferente y un plan de emergencia para aquellas familias que están en situación de pobreza. Es muy importante poner ante la mirada como acción preferente las que están pasándolo mal. Y en estos momentos conviene respaldar a la familia, ya que está siendo un sostén, toda una plataforma de apoyo, pues el paro y el sufrimiento genera tensiones, provoca una convivencia difícil. Tiene, por tanto, un valor como red de apoyo pero hay que cuidarla por parte de todos.

A la familia le corresponde por derecho propio el deber grave y el derecho insustituible de educar y cuidar este momento inicial de la vocación al amor de los hijos. Desde siempre ha sido la primera educadora y evangelizadora. La evangelización y la transmisión de la fe, en el transcurso de las generaciones, es decir, la educación humana y cristiana ha encontrado un lugar natural en la familia.

Hoy asistimos a una desvalorización del papel de la familia en este campo, debido a múltiples factores. Por esto queremos animar a las familias a ocupar su puesto en la educación y la transmisión de la fe, a pesar de las dificultades y crisis por las que atraviesan. Los estados no pueden anular la libertad de los padres a educar a sus hijos en la fe cristiana. Es más, como afirma Benedicto XVI en el mensaje sobre la Paz, la libertad religiosa exige no sólo que nos permitan tener nuestra fe, sino que podamos ser libres de expresarla.

Quisiera concluir, afirmando que la familia no es una institución anticuada, de otros tiempos, sino que el mundo sigue necesitando su presencia; en ella la vida de los hombres nace como don, crece como empeño, y tras hacer todo bien posible entre esfuerzos y desvelos concluye su etapa terrena para seguir la eterna del cielo.

Vosotras, queridas familias, sois la esperanza para el mundo. Por tanto, aludiendo de nuevo al Papa Juan Pablo II y trayendo aquí sus palabras dirigidas a las familias me vais a permitir invitar a todas a ser luz y a estar dispuestas siempre a dar testimonio de nuestra esperanza (cf. 1 P 3, 15). Como María, tenéis que estar dispuestas a seguir a Cristo hacia los pastos que dan la vida y que él mismo ha preparado con el

misterio pascual de su muerte y resurrección. Y sobre todo, imitando a María, debéis ser valientes y no tener miedo a nada, pues la fuerza divina es mucho más potente que todas nuestras dificultades.

El Buen Pastor está con nosotros siempre. Igual que estaba en Caná de Galilea, como *Esposo entre los esposos*; el Buen Pastor está hoy con todas las familias como motivo de esperanza, fuerza de los corazones, fuente de entusiasmo siempre nuevo y signo de la victoria de la «civilización del amor». Jesús, el buen Pastor, nos repite: *No tengáis miedo. Yo estoy con vosotros*. «Estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20)¹.

Que Santa María, Reina de la Familia, os acompañe y que la luz de su ejemplo brille en cada casa y cada hogar goce de su maternal protección.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez

¹ JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, n.18.